

La época de los americanos en París

Fue la misma del cuplé, como dije al evocar ésta en un artículo precedente, la de los primeros años del siglo XX hasta el agosto del 14, según el siglo cronológico o la de los últimos años del siglo XIX, según el siglo histórico que empezó efectivamente para Europa y América en agosto de 1914, con la primera Guerra Mundial. En China empezó en 1900, al mismo tiempo que el cronológico, con la rebelión de los Boxers, la secta secreta contra los extranjeros. Los americanos de París a los que me refiero son los hispanoamericanos. La época de los norteamericanos en París es posterior, no anterior a la primera Guerra Mundial; Gertrudis Stein estaba ya a orillas del viejo Sena (los ríos envejecen en las ciudades; para ser siempre nuevos, como el de Heráclito, necesitan el aire libre); mas, Hemingway, Faulkner y los otros habían servido en la guerra. París nunca fue la capital literaria de la América anglosajona. En los años ambiguos entre los dos siglos era la capital de América Latina, que se llamó a sí latina, sin otro motivo que el de hacer a París su capital, doble despropósito porque América es asiática, oceánica y africana, no latina y París es aún menos latino, es una de las ciudades más antiguas del norte de Europa y sus construcciones de mayor antigüedad se encuentran en la base del hoy Palacio de Justicia, son los muros del palacio de los reyes merovingios, la primera dinastía de los francos, el pueblo bárbaro extranjero a la latinidad que conquistó la Galia romana. Esos muros resultan pues de una antigüedad modernísima, del siglo VI o VII de nuestra era; la gran política europea de la unificación (hasta hoy el imperialismo) empezó en el siglo siguiente con la dinastía carolingia.

En aquel país los hispanoamericanos ricos, no turistas, residentes, formaban una colonia importante. Había, sobre todo argen-

tinios, una ciudad argentina diluida en los barrios elegantes de París. Existía el tipo parisiense del sudamericano. (Para los franceses y en general los europeos de entonces —y de ahora— América —era y es— Norteamericana, todo lo demás de ella salvo el Canadá —era y es— sudamericano.) El tipo parisiense de éste disfrutaba de la máxima exaltación: ser ridiculizado en las canciones de los cabarés, como los personajes políticos y sociales más célebres, las actrices y los actores en boga, los académicos de la lengua, los ministros y el Presidente de la República, los reyes extranjeros, a quienes no obstante se les recibía con entusiasmo. El sudamericano era el “rasta”, el rastacuero del español arrastracueros, según los franceses (yo he oído decir en España arrastrasables y arrastra otras cosas, pero no arrastra cueros), el que lleva una vida ostentosa sin base. Los franceses se consideraban desde luego ciudadanos de la nación superior del mundo. Como desde las comedias de Molière sabían reírse de sí mismos, un comediógrafo del Segundo Imperio, Eugene Scribe, había hecho un personaje ridículo de Nicolás Chauvin, el soldado patriotero. Sin embargo París se mostraba vanidosamente chauvinista, a los extranjeros se les trataba en él de metecos, como en Atenas, donde tenían derechos restringidos. Esto no impedía que los franceses hicieran todo lo excepcional que hubiera que hacer para apropiarse toda persona de valer de cualquier labor y de cualquier parte que viviera en Francia, igual un artesano que un artista, un mecánico que un científico. La ciudad francesa acusada entonces de decadente disfrutaba de la más dinámica vitalidad.

Lo vital de un organismo se ve enseguida en su facultad de asimilar aquello que le conviene. En cambio una nación, una persona, que deja escapar su conveniencia, un valor social, un valor personal, prueba evidentemente que es poco vital. La envidia en vez del entusiasmo ante un valor no es otra cosa que pobreza, falta de vitalidad. Henry Bergson no era francés sino judío inscrito en el consulado de Inglaterra, es decir, protegido británico, de un país del Mediterráneo en el que había matanzas de judíos. Fue a vivir a París con un tutor, estudió allí la segunda enseñanza, la media en el Perú y sus estudios llamaron la atención, obtuvo el primer premio en el concurso de todos los liceos de Francia. La carrera obligada de un estudiante en su caso le señalaba para pre-

sentarse a las pruebas de ingreso en la Escuela Normal Superior, donde los alumnos estudian y viven a expensas del Estado y la condición previa para ingresar es naturalmente ser francés; pues bien, para que pudiera presentarse a las pruebas Bergson, se admitió la palabra de su tutor de que el pupilo se haría francés a la mayoría de edad. Un menor de edad no puede cambiar de nacionalidad, pero un tutor no puede comprometer la nacionalidad de su pupilo. Si los franceses se hubieran atendido a la ley, al reglamento, no hubiese sido francés uno de los filósofos modernos más célebres. En otras actividades que no exigían la nacionalidad no se tenía en cuenta la resistencia a ser francés. Picasso no ha dejado su nacionalidad española y ¿qué artista ha logrado una fidelidad mayor al público de París? No solamente los casos de excepción, cuántos artistas de Montparnasse han envejecido y han sido atendidos en Francia con el cariño que siente el público francés por sus artistas.

Tal era la capital de la imaginaria latinidad cuando todos los latinoamericanos soñaban con vivir en París y algunos hablaban y escribían ya en francés, no en español, lo que fue fatal para algún poeta, en el Perú para el auténtico poeta César Moro.

(Expreso, 13 de agosto de 1962)